



acostumbradas: tal fué el principio que dió á su imperio, desdichado y desgraciado. El odio que con los romanos tenía era tan grande que no eran tenidos por legítimos los matrimonios que se hacían entre griegos y latinos, si la una de las partes no renunciaba la creencia de sus antepasados. Muchos por ser católicos, que era tenido por el más grave delito, hacia condenar por herejes. Fué castigo del cielo que en este mismo tiempo los turcos comenzaron á tener nombre; gente hasta entónces no conocida, adelante muy encumbrada por nuestras pérdidas y daños que dellos se han recibido muy grandes y ordinarios, más por el descuido de los príncipes (que pudieran al principio atajar el fuego) que por su valor é industria.

En aquella parte de Scythia por do corre el río Volga, tuvo antiguamente esta gente su asiento. De allí un gran número se derramó en las partes de Europa el año del Señor de setecientos y setenta. Tuvieron una batalla con los húngaros, gente entónces muy poderosa, en la cual como quedasen muy maltratados, se retiraron á Asia convidados de la fertilidad de la tierra y del poco valor de los naturales, ca los deleites y regalo los tenían muy estragados. En aquella tierra los turcos se hicieron fuertes en las montañas, con cuya aspereza más que con las armas se mantuvieron largo tiempo. Su nombre no era muy conocido, ni tuvieron caudillo muy señalado. Sustentábanse de robos y correrías: en las guerras asentaban al sueldo de la parte que les hacía mejor partido, cuando los príncipes comarcanos los convidaban para ayudarse dellos, en especial acudian al soldan de Egipto. Fuera muy fácil deshacellos si alguno tuviera celo del bien comun; pero lo pasado más se puede llorar que emendar.

En la guerra de la Tierra Santa que emprendió Jofre de Bullon, príncipe señalado en valor y religion, comenzaron los turcos á ganar alguna fama por las rotas que dieron y recibieron muchas veces que con los fieles vinieron á las manos. Estaban divididos debajo de muchos señores y caudillos hasta tanto que en tiempo del emperador Andrónico, un cierto Othoman, hijo de Zico, hombre, bien que de baja suerte, de grandes fuerzas y ánimos, con dar la muer-

te á muchos de aquellos señores y maltratar á otros, se hizo señor de todos los turcos que andaban desparcidos á manera de alarbes. Este fué el primer fundador del imperio de los turcos, tan extendido en nuestro tiempo, y de quien la familia de los othomanos tomó este apellido. Deste por continúa sucesion traen su descendencia aquellos emperadores, en que los hijos muchas veces han heredado el estado de los padres, por lo ménos los hermanos se han sucedido uno á otro, como se ve por el árbol de su genealogía que pareció poner en este lugar.

Othoman tuvo hijo que le sucedió en el imperio, por nombre Orcanes, al cual sucedió su hijo Amurates; á este Bayacete su hijo, muy nombrado por la jornada que tuvo con el Taborlan y por su grande desgracia, que fué vencido y preso en aquella batalla. Bayacete tuvo un hijo por nombre Calapino, que le sucedió, y á Calapino dos hijos suyos uno en pos de otro, que se llamaron el primero Moises, el segundo Mahomad: hijo deste Mahomad fué Amurates, aquel que cansado de las cosas del mundo renunció el imperio, y se retiró á hacer vida sosegada en lo mejor de su edad y cuando su imperio llegaba á la cumbre; cosa que le dió más nombradía que todas las otras hazañas que acabó, bien que fueron muy grandes: bienaventurado si por la verdadera y católica religion menospreciara las riquezas y grandeza de aquel estado. En lugar de Amurates fué puesto su hijo Mahomad, el que pasados más de cien años adelante deste en que vamos, se apoderó por fuerza de armas de la gran ciudad de Constantinopla. Á Mahomad sucedió Bayacete, luego Selim, tras éste Soliman, despues otro Selim, últimamente Amurates y otro Selim, y al presente Mahomad, abuelo, padre é hijo que por su orden heredaron aquel imperio. Desta manera y por estos grados y de tan flacos principios se ha extendido el imperio de los turcos, acrecentado y engrandecido por descuido y poquedad de los nuestros, mayormente por las discordias que entre sí han tenido, sin saberse conformar ni juntar las fuerzas contra el comun enemigo de la cristiandad.

Luégo que los turcos se hobieron enseñoreado de gran parte de la Asia. Menor, comenza-



ron á poner sus pensamientos en lo de Europa y en la Romanía, que antiguamente se llamó Tracia. Enfrenólos por algun tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar aldeaño destas dos provincias, que por lo demas, los griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo, que fácilmente pudieran salir con su pretension; los regalos y deportes de todas suertes tenían abatido el valor de aquella gente. En la paz eran revoltosos, baxaban largo; pero para la guerra eran muy flacos; propias condiciones de gente cobarde. Considerado, pues, el gran peligro que las cosas corrian, el emperador Andrónico determinó de ampararse á sí y á su imperio, y valerse de ayudas y socorros de fuera. Los catalanes, despues que se asentó en Sicilia la paz entre los príncipes, segun arriba queda contado, por no sufrir el reposo, como gente acostumbrada á andar siempre en la guerra, dieron en ser corsarios por el mar, y en esto se ejercitaban.

Fué llamado de Grecia Rugier de Brindez, el principal capitán de los catalanes, debajo de grandes promesas que aquel emperador le hizo. Era este varón muy insigne en el arte militar, y que tenía adquirida gran fama por sus grandes proezas. Traía su origen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y continuo del emperador Federico: tuvo en Brindez muchas posesiones, y en servicio de Coradino fué muerto en la batalla de Manfredonia. Su hijo fué primero caballero de la orden de los templarios, despues sirvió á D. Fadrique, rey de Sicilia, en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentía en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fué conocido áun acerca de los extranjeros. Con licencia, pues, de su rey, fué al llamado de los griegos á Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban diez y ocho galeras, mil quinientos caballos, y hasta cuatro mil infantes; pequeño ejército para tan grande empresa; pero todos eran de extremado valor, soldados viejos de grande experiencia, y los que mantuvieron todo el peso de la guerra de Sicilia y ganaron tantas victorias.

Llegada que fué esta armada á Constantinopla, dieron á Rugier por mujer una hija del emperador de Zaura y de una hermana de An-

drónico, y el primer lugar y autoridad despues del emperador: añadiéronle á esto título y nombre de Gran Capitan, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos; pasaron con su armada lo más cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron pasaron á cuchillo tres mil hombres de á caballo de los turcos y diez mil infantes. Tras esto en la Frigia y en la Meonia, donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los turcos junto á Filadelfia, ciudad señalada por el río Pactolo, que con hermosas y deleitables riberas la riega: sucedióles tan prósperamente como en la batalla pasada; no fué menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente, junto á Dania, ciudad de la provincia de Cilicia, no léjos de la nombrada Éfeso, en el estrecho del monte Tauro, que llaman Puerta de Hierro, trabaron una batalla con los turcos con el mismo esfuerzo y ventura.

Estas victorias, de presente muy señaladas, para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros, de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fué grande, tanto que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nacion de turcos y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que á mala coyuntura falleció el suegro de Rugier, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tío suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio. Esto puso en necesidad á Rugier de dar la vuelta, mayormente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breve sosegó aquella tempestad muy á su gusto; para esto y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguel Entenza, caballero catalán, el cual, sabido lo que en Levante pasaba, acudió con trescientos hombres de á caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luégo título de Gran Capitan, y á Rugier nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra, que en aquel imperio se podía dar despues del mismo emperador, tan grande, que no la dieran á nadie por espacio de cuatrocientos años.



Hasta aquí todo procedía muy prósperamente, si la fortuna ó desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario. Fué así que los griegos tomaron ocasion de aborrecellos; así bien por envidia destas preeminencias que les dieron, como porque los soldados que invernaban en Calipoli, comenzaron á alborotarse con color que no les pagaban. Deramábanse por la comarca, cometían robos, violencias y adulterios, todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignacion que desto concibió el emperador fué grande; para vengarse procuraron que Rugier viniese á Andrianópolis con muestra de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fué descuidado de semejante traicion, le mataron sin respeto de sus muchas hazañas; así es, más fuerza tiene una injuria para mover á venganza que muchos servicios para sosegar el disgusto, porque la obligacion no es carga pesada, la venganza descarga de cuidados; además que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompensar con alguna notable deslealtad.

Muerto que fué Rugier, grande multitud de griegos se puso sobre la ciudad de Calipoli; los catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de á caballo y veinte mil infantes; los demas huyeron: ganáronles los reales, cosa maravillosa y que apenas se pudiera creer, si Ramon Montaver que se halló en estos hechos no lo afirmara en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguer Entenza en vengar la muerte de Rugier, que llegó con su armada á vista de Constantinopla; taló aquellas marinas, hizo robos de ganados, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego á las alquerías y cortijos de aquella ciudad. Á Calojuan, hijo del emperador Andrónico, que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los catalanes con tanto muy bien encaminados sus negocios. En esto, una armada de ginoveses, debajo la conducta de Eduardo Doria, llegó á aquellas partes, que fué causa que el partido

de los griegos se mejorase, y empeorase el de los catalanes. Con muestra de amistad y confederacion, los ginoveses se apoderaron de la armada catalana y prendieron á su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado á los turcos en su favor; cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos.

Quedaba Roberto de Rocafort, que estaba en guarda de Calipoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los catalanes hacian grandes correrías, ganaban muchas victorias, así de los griegos, como de los ginoveses. Ensoberbecido Rocafort con estos sucesos, no queria reconocer á ninguno por superior: cometia todo género de maldades sin que nadie le fuese á la mano. Entenza, despues que á cabo de mucho tiempo fué puesto en libertad, acudió á Cataluña, donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó, aprestó una armada en que otra vez pasó en Grecia. Llegado que fué, Rocafort no le quiso reconocer por superior, de que resultaron entre ellos discordias, y armarse el uno al otro celadas. Sabido el peligro que las cosas corrian por la discordia destes dos capitanes, el rey de Sicilia D. Fadrique, por cuyo orden pasaron primeramente á Levante, envió á D. Fernando, hijo menor del rey de Mallorca, para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia: sólo les persuadió que pues la comarca de Calipoli la tenían destruida, juntadas sus fuerzas, marchase la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Tracia á los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos ríos que junto á ella pasan, es á saber, Neso y Estrymon.

En este camino los dos capitanes vinieron á las manos: Berenguer Entenza fué muerto en la pelea con otros muchos. Al infante D. Fernando fué forzoso dar la vuelta á Sicilia. En el camino fué preso junto á la isla de Negroponte por ciertas galeras francesas que por allí andaban. Con esta armada puso confederacion Rocafort, como el que tenía entendido no podría alcanzar perdón de los aragoneses ni de los sicilianos. Mas era tanta su soberbia, que puesta



esta amistad, menospreciaba á los franceses y hacia dellos poco caso. Por esta causa prendieron á él y á un hermano suyo, y vueltos á Italia, los entregaron en poder de Roberto, rey de Nápoles, su capital enemigo, y él los mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron; castigo muy merecido por sus maldades. D. Fernando de Mallorca andaba más libre, porque su prision no era tan estrecha, y poco despues á instancia de los reyes de Aragon y Sicilia fué puesto en libertad: llegó á Mecina, donde casó con doña Isabel, nieta de Luis el postrer príncipe de la Morea, frances de nacion, y que poco ántes falleció sin dejar hijo varon.

Partidos que fueron de Levante los franceses, los catalanes, que todavía quedaban algunos, por doquiera que iban, todo lo asolaban. Sucedió que Gualtero de Brena, duque de Atenas, del linaje de los franceses, tenía guerra con algunos señores comarcanos: éste convidó á los catalanes para que le ayudasen: poco les duró la amistad: con color que no les pagaba, se amotinaron, y en cierta refriega, muerto el duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron á saco; verdad es que el nombre del duque de aquella ciudad reservaron para D. Fadrique, rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabian muy bien el riesgo que corrian si no les venia socorro de otra parte. Aceptó, pues, el rey D. Fadrique aquella oferta, y envió gobernadores para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él despues en su testamento á D. Guillen, su hijo menor; á éste sucedió D. Juan, su hermano, á D. Juan D. Fadrique su hijo; por cuya muerte, que falleció sin dejar sucesion, recayó este principado en el rey de Sicilia D. Fadrique, biznieto del primer D. Fadrique, por cuyo mandado fueron los catalanes á Grecia la primera vez.

De aquí los reyes de Aragon se intitulan, como reyes que son de Sicilia, duques de Atenas y Neopatria hasta nuestra edad; estados de título sólo y sin renta. Fué esta guerra muy señalada por el esfuerzo de los soldados, por las

batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente por los muchos años que duró, que llegaron á doce no ménos. Cosa maravillosa, que se pudiese mantener tan poca gente tan léjos de su tierra, rodeada de tantos enemigos, y dividida entre sí con parcialidades y bandos perpétuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció, escribiese al rey de Aragon muy apretadamente forzase á los catalanes por sus edictos á salir de Grecia. Hizo instancia sobre esto á ruego de Carlos de Valoés, que poseia en la Morea algunas ciudades en dote con su mujer, demas de las lágrimas y quejas ordinarias que le venian de los naturales de aquella tierra, que se quejaban y plañian ser maltratados con todo género de molestias ellos y sus haciendas, hijos y mujeres por un pequeño número de ladrones, gente mala y desmandada.

Los dos años siguientes fueron señalados por los nuevos reyes que en Francia hobo, y por la vacante de Roma, que duró dos años y casi cuatro meses. Fué así que el rey Luis Hutin, de una grave dolencia que le sobrevino, falleció en el bosque de Vincena, que es cuatro millas de la ciudad de París, á los cinco dias del mes de Junio año del Señor de mil trescientos quince. De su primera mujer Margarita, hija del duque de Borgoña, tuvo una hija que se llamó Juana. La dicha Margarita fué convencida de adulterio: así dentro de la prision donde la tenían la mandó ahogar. Á todos les pareció esta justa causa de dolor y tristeza; y es cosa de admiracion que en un mismo tiempo fueron acusadas de adulterio tres nueras del rey Philipo el Hermoso: demasiada licencia, deshonestidad y soltura notable para unas señoras tan principales. Las dos dellas, es á saber, las mujeres de Luis y de Carlos fueron convencidas en juicio: á los adúlteros cortaron sus partes vergonzosas, y desollados vivos, los arrastraron por las calles y plazas públicas, finalmente los ahorcaron. Casó la segunda vez con Clemencia, hija del rey de Hungría, que quedó preñada al tiempo que su marido falleció, y parió un hijo que se llamó Juan, con esperanza heredaría el reino de su padre; pero muerto el niño dentro de veinte dias, Philipo su tío, que tenía por so-



brenombre el Largo, y hasta entonces era gobernador del reino, de consentimiento de todos los estados se coronó y tomó las insignias reales.

Á la infanta doña Juana excluyeron de la herencia y reino de su hermano por la ley Sállica, ora fuese verdadera, ora de nuevo fingida ó ampliada en favor y gracia del más poderoso. Las palabras de la ley son éstas: En la tierra Sállica (quiere decir de los Francos) no sucedan las mujeres. Del reino de Navarra no podía ser despojada, por considerar que su abuela del mismo nombre le hobo pocos años antes por razon de herencia.

Mayor alteracion resultó sobre el pontificado romano. Los cardenales italianos procuraban con todas sus fuerzas que se eligiese un pontífice de su nacion, y que la silla pontifical se tornase á Roma. Sobrepujaban en número los franceses, y salieron finalmente con su pretension. En Carpentraz, ciudad de la Francia Narbonense y del condado de Aviñon, do Clemente pontífice falleció, miéntras estaban en cónclave sobre la eleccion del nuevo pontífice, se alborotó gran número de la gente de la tierra, y comenzaron á quebrantar las casas de los italianos y á roballas, apoderándose de la ciudad, y pusieron en huida á los cardenales de ambas naciones. Las cosas amenazaban cisma. De allí á mucho tiempo se tornaron á juntar en Leon de Francia. En aquella ciudad Jacobo Ossa, de nacion frances, cardenal y obispo portuense, fué elegido por sumo pontífice á los siete dias del mes de Agosto el año diez y seis de aquel siglo y centuria. Tomó por nombre en su pontificado Juan Vigésimo-segundo. Hizo á Tolosa y á Zaragoza sillas metropolitanas, con deseo de hacerse grato á los franceses y aragoneses. Á Zaragoza le dió por sufragáneas las iglesias de Pamplona, Calahorra, Huescá, Tarazona, que todas y la misma Zaragoza eran sufragáneas de Tarragona: á Cahors, ciudad de Francia, hizo silla obispal; esta honra quiso hacer á su patria. Canonizó á Santo Tomas de Aquino, teólogo prestantísimo de la orden de los Predicadores, y á San Luis, obispo de Tolosa. Este fué hijo de Carlos el más mozo, rey de Nápoles, cuñado del rey de

Aragon. Estas cosas ilustraron más que otra alguna el largo pontificado deste papa, demas de las anatas que impuso primeramente sobre los beneficios eclesiásticos.

En Castilla no tenían las cosas sosiego, y sin embargo, acudian á hacer la guerra contra los moros. Azar, no pudiendo sufrir la gran caida que habia dado, y la vida particular en que vivia, aunque harto más dichosa de la que ántes tenía, usurpaba el título de rey contra el concierto ántes hecho. Éste, como más flaco de fuerzas, y que no tenía poder bastante para contrastar con su enemigo, pretendia valerse de los cristianos. Á los nuestros no estaba mal acudir á aquel rey, que era su confederado, demas de la ocasion que se ofrecia de sujetar por medio de aquellas revueltas toda aquella nacion. Acordaron, pues, de hacer guerra á los moros: el cuidado se encomendó al infante don Pedro, así por tener edad á propósito, como por estar de su parte muchos de entre los moros á causa de la confederacion que poco ántes con ellos asentó: demas que el infante D. Juan su tio se hallaba embarazado y triste por la muerte de D. Alonso su hijo mayor, que le sobrevino al principio desta guerra en un pueblo llamado Morales, cerca de la ciudad de Toro: su cuerpo sepultaron en la ciudad de Leon en la iglesia de Santa María de Regla.

Por el mismo tiempo, D. Fernando de Mallorca, como en la Morea pretendiese recobrar el estado y dote de su mujer, y para esto ayudarse de los catalanes, pasó desta vida en lo más recio de la guerra: su cuerpo traído á España, lo enterraron en Perpiñan en el monasterio de Santo Domingo. Este fin tuvo aquel caballero, persona de las más señaladas que en aquel tiempo se hallaban: dejó de su mujer un hijo muy pequeño llamado D. Jaime como su abuelo. El infante D. Pedro, llegado al Andalucía, no cesaba de apercebirse de todo lo necesario para la guerra. Estaba la ciudad de Guadix muy falta de bastimentos; que los moros habian talado todos aquellos campos. Deseaban los cristianos proveelles de lo necesario, pero los bastimentos y recua que tenían juntada, era necesario que pasase por tierras de los enemigos, y por esta causa que llevase



mucha escolta. Acudieron los maestros de Santiago y Calatrava: juntóse gran golpe de gente, y el mismo infante por caudillo principal. Saliéronles al encuentro hasta un pueblo llamado Alaten, la gente de á caballo de Granada en gran número y muy gallarda, y por su caudillo Ozmin, soldado muy señalado. Acometieron los de la una y de la otra parte con grande ánimo: trabóse la batalla, que fué muy reñida y al principio dudosa; mas al fin el campo quedó por los fieles con muerte de mil quinientos jinetes moros que perecieron en la refriega y en la huida, entre ellos cuarenta de los más nobles de Granada, por donde aquella rota fué para los moros de gran tristeza y dolor. Ganada esta victoria, todo lo demas se allanó. Guadix quedó bastecida; y dos fuerzas, es á saber, Cambil y Algabardos, se ganaron de los moros por fuerza de armas.

Este buen suceso, que debiera ser parte para ganar las voluntades y favor de todos, fué ocasion en muchos de envidia, y de buscar maneras para desbaratar los intentos del infante: su tio D. Juan de secreto atizaba á los demas. Buscaban algun color para salir con lo que pretendian: parecióles el más á propósito pedir á los gobernadores diesen fiadores, y pudiesen en tercera algunos pueblos de sus estados para seguridad que gobernarían bien el reino y las rentas reales. Juntáronse sobre esta razon córtés, primero en Búrgos y despues en Carrion.

Salieron con todo lo que pretendian; prueba con que se descubrió más el valor y virtud del infante D. Pedro. Tratóse además desto de recoger algun dinero por la gran falta que dél tenían. Los naturales no podian oír que se tratase de nuevas derramas, por ser muchos los pechos que el pueblo pagaba; pero todo se consumia en la guerra contra los moros, y en sosegar las revueltas que en el reino andaban. Pareció buena traza acudir al pontífice nuevo, y por sus embajadores suplicalle concediese las décimas de las rentas eclesiásticas para proseguir la guerra contra los moros: demas desto, otorgase indulgencia y la cruzada á todos los que á sus expensas para aquella guerra tomasen las armas. Lo uno y lo otro concedió el

pontífice benignamente: los pueblos al tanto acudieron con alguna suma de dineros. Con esto nuestro ejército se aumentó, y por tres veces hicieron entradas en tierra de moros, con que trabajaron aquella comarca y trajeron presas de gente y de ganado, en que pasaron tan adelante, que llegaban á vista de la misma ciudad de Granada. Los moros esquivaban de venir á batalla, la cual mucho deseaban los nuestros. Trataron los moros de cercar á Gibraltar, pero previnieron sus intentos, ca le bastecieron muy bien de gente y vituallas; por esto los bárbaros desistieron de aquella demanda, y al contrario, la villa y castillo de Bélmes se ganó de los moros.

Corria en esta sazón el año del Señor de mil y trescientos y diez y seis, en que, por muerte de Rocaberti, arzobispo de Tarragona, por votos de aquel cabildo, como entonces se acostumbraba, salió el infante D. Juan, hijo tercero del rey de Aragon. Acudieron al padre santo para que confirmase la eleccion; nunca lo quiso hacer; no refieren las causas que para ello tuvo; puédesse sospechar que por alguna simonia, ó lo más cierto por no tener el infante edad bastante. No se usaba entonces tan de ordinario dispensar en las leyes eclesiásticas á contemplacion de los principes. Los pontífices tenían cierta entereza y grandeza de corazon para contrastar á las codicias desordenadas de los más poderosos reyes y emperadores. En fin, hobieron de desistir de aquella pretension y pasar á D. Jimeno de Luna, que era arzobispo de Zaragoza, á la iglesia de Tarragona. D. Pedro de Luna fué proveido en el arzobispado de Zaragoza, y al infante D. Juan dieron el abadía de Montaragon, que vacó por la promocion del nuevo arzobispo D. Pedro.

El año siguiente de mil y trescientos y diez y siete, con diversas embajadas que el rey de Aragon envió sobre el caso, alcanzó últimamente del sumo pontífice que de los bienes que los templarios solian tener en el reino de Valencia, se fundase una nueva caballería debajo la regla del Cistel y sujeta á la orden de Calatrava, aunque con su maestre particular. Señaláronle por hábito y por divisa una cruz roja simple y llana en manto blanco. El principal